

Los cuentos de fin de mes

El niño

El niño entró en el colegio con los demás niños. En el Colegio está prohibido hablar, pero él tiene ganas de hacerlo y no sólo de hablar, sino también de cantar, saltar y gritar. Lo hizo así, y el maestro le castigó de rodillas frente a una pizarra negra como la noche.

—El niño ha sido malo, le dicen.

Durante ocho horas tiene que estar callado, no puede hablar, sino cuando tiene que decir la lección, que no sabe.

A eso de media mañana, el niño tiene un cuarto de hora de recreo, que muchas veces le suprimen por haber hablado en clase. Pero si logra llegar al patio, salta, brinca y chilla con sus compañeros con verdadero frenesí.

Suena una campana y el niño forma en la fila con su delantalito rayado, sucio de yeso y tinta.

En clase hay una araña pequeña que juega en el techo. En el libro de matemáticas dibuja aquella araña, luego le pone unas alas de colores y... ¡Ya está! ¡un milagro!, la araña se convirtió en mariposa.

De pronto, le preguntan la lección y no la sabe. Va a la cola con los otros niños malos, pero el sigue pensando en el milagro de la araña y la mariposa.

El niño sale del colegio con sus amiguitos. Tiene muchos en la clase, los quiere y le quieren.

El es, el que organiza bandas misteriosas, como en las películas de gangsters, para luchar contra los maestros opresores del Colegio, aquellos que le castigan porque habla, porque canta, porque dibuja mariposas en la Aritmética.

El niño por fin, llega a su casa tarde; se ha entretenido con los únicos que le comprenden, sus amiguitos.

A veces en su casa, intenta explicar alguna cosa en la sobremesa, pero pronto le hacen callar de nuevo, o el mismo calla, porque se da cuenta de que lo suyo no tiene interés.

Por la tarde vuelve al colegio. En la calle hay un organillo que toca una canción de moda. ¡Preciosa canción!

El niño entra en el Colegio, cantándola. Cuando sube las escaleras que conduce a la clase, se cruza con el Director.

—Está prohibido cantar en el colegio, le dice. Y luego sigue un castigo.

En clase está angustiado, no sabe la lección y teme que le pregunten.

Sale ya tarde, cuando el sol se fué de las calles y el organillo ya no toca frente al bar de la esquina.

El niño en la calle, juega a la pelota con sus amigos; y llega a casa tarde. Ese rato debiera haberlo dedicado al estudio; mañana no sabrá la lección.

Por fin llegan las vacaciones de Navidad, ¡vaya ilusión!. Pero antes se celebra en el Colegio la fiesta de reparto de premios.

Todos sus amigos tienen premios más o menos grandes; él está contento de verles con sus medallas y sus diplomas, porque les quiere, son sus amigos.

El, no tiene ni una mención honorífica. Espera sin embargo con ansia que canten su nombre, pero ya se acabó la lista.

El es el niño malo: habla, canta y dibuja en los libros. Todo esto es tan malo, dicen los maestros, que casi se ve en el infierno.

Empiezan de nuevo las clases, con el sabor dulce de los juguetes que trajeron los Reyes Magos. Entra el director, grueso y tan alto que su cabeza toca el techo. Es el gigante de Pulgarcito. Detrás de él va un maestro de gruesas gafas.

—Este señor, queridos niños, es el nuevo maestro, dice con su voz autoritaria y antipática el Director.

Rezan y empieza la clase. El niño está en la cola. El nuevo maestro explica la lección, mientras el niño dibuja sobre un polinomio largo. El polinomio es como un sapo. Le pone unas patitas y luego unas alas:

—¡Un sapo alado!

Cuando más entusiasmado está, se da cuenta de que el nuevo maestro le observa a su lado.

El niño coje la libreta y la aprieta contra su pecho:

—¡Es mía!, exclama temeroso.

El maestro le pide la libreta. El niño, al fin resignado, se la entrega, esperando el castigo. Pero entonces ocurre algo raro, el maestro le dice:

—¡Qué bonito sapo! ¿Me lo regalas?

El niño está confuso, no entiende lo que pasa y emocionado se pone a llorar, sin darse cuenta tutea al maestro y le dice:

—Sí, te lo doy, es para tí.

—Gracias, le dice el maestro, guardándose el sapo en la cartera.

El niño apenas tiene ganas de hablar a la hora de clase. Cuando el nuevo maestro explica la lección, le escucha con unos ojos muy grandes. Su boquita fresca, entreabierta, se humedece. Aprende mucho, para llegar a ser un hombre grande y sabio como su amigo, el nuevo maestro.

Santiago Marsal